

separase de la población para poder atender á las necesidades imprevistas que podían ocurrir en su ausencia.

Mas por otro lado el Señor le llamaba á la importante obra de las Misiones, á la que tan feliz comienzo había dado; y como el continuar en el cargo de regente le había de ser necesariamente estorbo, y no pequeño, para lo segundo, y más atendida la nueva actitud de sus feligreses, entre la compasión natural, que le inclinaba á complacer á aquellos sencillos habitantes, y el celo de la gloria de Dios, que le estimulaba á recorrer las ciudades, los pueblos y las aldeas para anunciar la palabra divina y pegar el fuego del divino amor en todas partes, escogió, como era justo, dejar la regencia de Viladrau, desembarazándose para siempre de este obstáculo á su celo. Escribió, pues, á su Superior pidiéndole que le exonerase de aquel cargo y haciéndole ver las ventajas que para la gloria de Dios resultarían de esta medida, puesto que así le tendría más dispuesto y libre para ir á predicar adondequiera que le enviase. Accedió gustoso el señor Gobernador eclesiástico á su demanda, y por su consejo el Sr. Claret se trasladó inmediatamente á Vich, con grande sentimiento de los moradores de Viladrau, que lloraban en él la pérdida de un inteligente maestro, de un caritativo médico y de un bondadoso padre.



## CAPÍTULO VII

### DE LAS MISIONES DEL PADRE CLARET EN GENERAL

1. Objeto y utilidad de las Misiones. — 2. Cómo se preparaba para ellas. — 3. Del método y estilo con que predicaba. — 4. De los medios de que se valia para hacer fruto en las Misiones. — 5. De otros medios con que atendía al provecho de las almas. — Sus pláticas en los caminos. — Cómo interpretaba las bellezas de la Creación. — Facilidad con que por este medio se elevaba á Dios é introducía conversaciones espirituales. — Una *Samaritana* convertida. — Milagrosa confesión de un arriero y un carretero. — Contrabando milagroso. — Distribución de estampas, libritos y hojas sueltas. — Conversión de un comandante. — Repartición de rosarios, escapularios y medallas. — 6. De los obstáculos que halló en las Misiones. — Paso milagroso de un torrente. — Un ángel le acompaña en el camino por entre la nieve. — Trasládase milagrosamente á Vich para consolar á su bienhechor D. Fortián Bres. — El manteo rasgado y milagrosamente compuesto. — Persecuciones de los hombres. — Circular del arzobispo de Tarragona defendiendo al Sr. Claret. — Los demonios le hieren y la Virgen le cura. — Cómo los demonios trastornaban los elementos para impedirle predicar. — El demonio flautista.

1. Gustosos entraríamos á referir desde luego los interesantes hechos del P. Claret en sus Misiones si todos los que han de leer estas líneas estuvieran bien enterados de lo que ellas son, de su importancia y necesidad, de lo que en ellas suele practicarse y de algunas otras cosas que, siendo comunes á todas las Misiones dadas por el Siervo de Dios, empecerían, dichas en otro lugar, la fluidez de la narración á más de ocasionar repeticiones inútiles y enojosas.

Por Misión no entendemos aquí exclusivamente la serie de instrucciones y sermones que con este título se dan más ó menos días á las ciudades, villas y aldeas, sino el conjunto de los actos del Misionero hechos con intento de instruir en la Religión cristiana á sus prójimos y de salvar las almas de ellos apartándolas del pecado é induciéndolas á la práctica de la virtud, ora por la enseñanza y explicación del Catecismo, ora por las predicaciones, instrucciones y conferencias, ó por otras cosas semejantes. Desde que el Verbo ó palabra de Dios



se hizo carne y habló por sí mismo á los hombres, enseñándoles las verdades del orden moral, casi borradas del entendimiento con la universal corrupción de las costumbres; desde que Jesucristo, con la eficacia de su palabra, incoó la regeneración espiritual del mundo, largo tiempo sumergido en las tinieblas del error y del pecado, la Iglesia, continuadora de la obra del Salvador del linaje humano, no ha cesado de ejercer el ministerio de la palabra como medio principalísimo al que el Señor ha vinculado la gracia ordinaria de la conversión. Los Apóstoles y sus discípulos anunciaron el Evangelio de uno á otro extremo de la Tierra; los mártires lo sellaron con su sangre; las vírgenes lo publicaron con sus obras, y los confesores con la palabra y el ejemplo. Del seno de la Iglesia brotaron en todos los siglos instituciones admirables que continuaron la misión de Cristo y sus Apóstoles. San Agustín y sus compañeros, enviados á Inglaterra por el esclarecido Pontífice San Gregorio el Grande; San Columbano, Las Casas, San Francisco Javier, traspasando los mares, llegan allí donde no alcanzó la ciencia, la política y el comercio, anuncian la palabra evangélica y convierten en pueblos civilizados y adoradores de Cristo á los que yacían en la barbarie y en el culto de Satán. Los dominicos, los franciscanos y los jesuítas hacen reflorar en sus Misiones la Religión y la moral en el viejo continente, y llevan la semilla evangélica hasta los últimos rincones del Nuevo Mundo y de las regiones inexploradas del Oriente.

Dios suscitó de tiempo en tiempo hombres singulares que parecían tener encarnado el espíritu apostólico, como el beato Maestro Ávila, el venerable Granada, el beato Fray Diego de Cádiz, Esteban de Olot y nuestro esclarecido Fundador. Esta es, en pocas palabras, la historia de las Misiones desde que el Verbo de Dios descendió á la Tierra, y con esta sencilla exposición queda demostrada su importancia y necesidad.

2. Para tan difícil tarea menester es prepararse de antemano con la oración y el estudio. La primera negocia con Dios la conversión de las almas, ó sea la eficacia de la predicación, y lo segundo dispone al Misionero para ser instrumento hábil de la predicación, pues para ella ha ordenado el Señor misericordiosamente el concurso de las fuerzas naturales del hombre. Lo que pensaba el Siervo de Dios en este punto y lo que

él mismo practicaba, se verá claro por las siguientes líneas que dirigió al Rdo. P. Clotet un amigo suyo que había tratado mucho con el P. Claret y había oído de sus labios importantes documentos. “Cuando me hablaba, —dice,—de las cualidades necesarias para el púlpito, me decía que el que quisiera ser predicador era preciso que predicase siempre, ya por medio del ejercicio, ya preparándose con el estudio. Él no era amigo de que se predicasen sermones aprendidos á la letra, pero sí decía que debía tenerse el esqueleto bien formado, y que sobre este esqueleto debía haberse hecho un estudio detenido antes de subir al púlpito, por lo que reprobaba en gran manera á los improvisadores, y decía de ellos que tentaban á Dios y profanaban la divina palabra. Encargaba el estudio de la Teología, en particular la de Santo Tomás, á la que estaba muy aficionado, hasta recitar de memoria grandes trozos de la *Suma* tomados á la letra; lamentaba las herejías que había oído á ciertos renombrados oradores por falta de conocimientos teológicos. Reprobaba el estilo obscuro, ampuloso y profano de algunos predicadores que pretenden captarse la admiración popular, y sacaba siempre á relucir el ejemplo de Jesucristo y de los Apóstoles, para confirmación del cual solía traer á cuento la sentencia del grande Agustín, que dice: “Pre-  
„fiero que me critiquen los gramáticos á que no me entiendan  
„los rudos.” Añadía, y por cierto con mucha penetración, que el mundo se pierde, no por falta de argumentos, sino por falta de verdades, y solía decir con mucha gracia, aludiendo á los que piensan arreglarlo todo á fuerza de argumentos, confiados en la ciencia humana: “Mal anda el que quiere habérselas  
„y disputar con el diablo; pues es más listo el demonio más  
„tonto que el filósofo más sabio. ¡Pobres predicadores! ¡cuán  
„inútiles serían sus trabajos si no fuesen auxiliados por la gra-  
„cia de Dios, y si el alma no fuese naturalmente cristiana!”

„Mas no se crea por esto que aborreciese la ciencia y las pruebas en el discurso; por el contrario, todo esto encargaba en gran manera, y para ello proponía los mejores modelos de oratoria sagrada, pues todos le eran conocidos, así los españoles como los de otras naciones; pero daba siempre la preferencia á los primeros por varias razones dignas de atenderse. Añadía, no obstante, que el orador debe siempre desconfiar de su ciencia y poner toda su confianza en Dios. Por esto en-



señaba que el predicador debía ser hombre de oración y acompañar la palabra con el ejemplo, recordando lo que de Jesús nos dice el Evangelio: *Caepit facere et docere*.

„Un día, entre otros, me hizo la siguiente observación. „Mira,—me dijo,—la conversión es obra de la gracia, y la gracia „no obra en el corazón soberbio sin que antes lo haya preparado y dispuesto por medio de la humildad. Te convencerás de „lo que digo si reflexionas sobre las grandes conversiones que „se han obrado; todas han sido obra de la gracia. Si fuesen los „agudos argumentos y las razones poderosas las que debían „persuadir al impío y convertir al pecador, éstos podrían encastillarse en su propia razón y juicio y gloriarse en su amor „propio, lo que no se concibe tratándose de las obras de la gracia; por lo que, cuando Dios quiere convertir, se vale de la „verdad, acompañada de tales circunstancias y tan desnuda de „adminículos humanos, que si te paras á examinar el móvil ó la „causa de las conversiones más admirables, hallarás que el Señor se ha valido de medios tan sencillos y triviales que te quedarás pasmado al ver la manera con que ha sabido humillar „el orgullo del hombre y demostrar que en ellas tan sólo ha tenido parte su gracia. „ Citábame á este propósito el ejemplo de un Obispo muy sabio de Francia, quien aseguraba que para confundir á los herejes él solo se bastaba, pero que para convertirlos era menester un San Francisco de Paula, y concluía siempre con lo mismo, á saber: „que el sacerdote apostólico „ha de ser hombre de oración y que ha de estar muy fundado en la humildad (1). „

Nuestro celoso Padre, para formarse en la predicación, había leído detenidamente muchos autores predicables de gran nota, como San Juan Crisóstomo, San Ligorio, Granada, Siniscalghi; pero ninguno estudió tan de propósito ni le fué más familiar que el beato Juan de Avila, á quien tomó por dechado de sus predicaciones, así por la claridad de estilo que resplandece en este autor y por ser, según parecer del Siervo de Dios, el que menos cansaba al auditorio, aunque fuesen sus sermones de dos horas, como por lo encendidas que están de amor de Dios las frases y expresiones de aquel apostólico varón, admiración de los santos de su siglo. Tanta estima hizo de sus

(1) Carta del Rdo. D. Mariano Sanias, del 6 de Abril de 1880.

escritos nuestro buen Padre, que daba infinitas gracias al Señor por habérselos hecho conocer y puesto entre sus manos los libros de tan santo y prudente maestro, y bien mostró por experiencia lo bien que supo inspirarse en la misma fragua de amor donde caldeó los suyos el apóstol de Andalucía, con lo cual el fruto que de los sermones reportó fué incalificable, como después veremos, así en conversiones maravillosas como en llevar á la perfección á muchas almas tibias.

Ya remotamente se había preparado el Siervo de Dios para la predicación desde los primeros años de su carrera eclesiástica aplicándose á entender bien la doctrina y la manera agradable de exponerla; pero á más de esto y de los estudios particulares que hizo encaminados á este fin en los primeros años de su estado sacerdotal, siempre que el tiempo se lo permitía se disponía próximamente, aunque no fuera sino con algunos minutos de anticipación, pues esto le bastaba para combinar el plan y ver el modo más conveniente de desenvolverlo según las circunstancias del auditorio que le escuchaba. Para que sus instrucciones fuesen más prácticas y acomodadas á las necesidades de los oyentes, se enteraba previamente de las costumbres de las personas que irían á escucharle, estudiaba la manera de atraerlas con palabras suaves y prudentes, meditaba el modo de arrancar de raíz los vicios y de hablar contra los pecados sin herir á los pecadores. Con tan discretas industrias pudo predicar en pueblos que estaban prevenidos contra él y conseguir de ellos la mudanza de costumbres, dejando el camino de la perdición y emprendiendo una vida sinceramente cristiana.

Mas por cuanto la conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos son obras de la divina gracia, al estudio juntaba la oración, pidiendo al Señor en ella con profunda humildad y heroica constancia que diera unción á las palabras de su boca y moviera á la virtud los corazones de sus oyentes. Día y noche elevaba al Señor su corazón rogando por la conversión de los pobrecitos pecadores, á los que tenía presentes de un modo especial en la oración mental de la mañana, en la santa Misa, en el rezo del Oficio divino y en las visitas á Jesús sacramentado y á María santísima. Y no contento con importunar él mismo al Señor por ellos, encomendaba eficazmente que hicieran lo mismo á todas las personas piadosas, pero de



un modo particular á las vírgenes del Señor, que, como blancas palomas encerradas en su nido, deben arrullar y gemir dulcemente junto al corazón del divino Esposo, que tanto se complace en ellas. Cuando daba ejercicios ó por cualquier otro motivo predicaba á las monjas de clausura, á las Hermanas de la Caridad y á las de la enseñanza, les repetía siempre que rogasen por la conversión de los pecadores y por la perseverancia de los justos, y ofreciesen sus satisfacciones por las almas del purgatorio.

Había entresacado de la Biblia, del Breviario, del Ritual Romano y de los afectos inflamados de su corazón algunas fervorosas jaculatorias que repetía con mucha frecuencia y amor. Para frustrar los esfuerzos que hacían los espíritus infernales con el intento de impedir el fruto de las predicaciones valíase el Siervo de Dios de breves pero eficaces exorcismos, á semejanza de aquel con que el divino Maestro ahuyentó al espíritu tentador: *Vade retro, Satana*. Como su devoción era tan ingeniosa, sabía mezclar en ella una admirable variedad y hallaba siempre modos y trazas de ejercitar el celo en todas partes con mucha suavidad y eficacia; y así, cuando iba á las Misiones, en el camino se entretenía, con mucho sabor y gusto espiritual, implorando la intercesión de la Virgen santísima, de los ángeles del cielo y de los santos Patronos de las parroquias y de los pueblos adonde iba á predicar para que derramasen sobre la obra que emprendía las bendiciones del Señor. No era, pues, extraño que cosechase en todas sus Misiones tan abundante mies.

Solía empezar los ejercicios de la predicación con el rezo del santísimo Rosario, que dirigía muchas veces por sí mismo con entonación clara y fervorosa, con lo cual prácticamente enseñaba al pueblo el modo de rezarlo é interesaba á la Madre de Dios á favor de sus almas. Daba fin al sermón con tres Avemarias dichas con tan tierno acento que parecían lenguaje nativo del alma, á las cuales respondía el auditorio conmovido con corazón contrito y humillado.

De su ardiente y continua oración, más que de los libros, sacaba el P. Claret los conceptos más delicados, y expuestos con orden tan claro y transparente; en ella se le ofrecían los discursos más aptos para arrancar chispas de amor y de dolor de las almas empedernidas, y las expresiones más enérgicas para

despertar con los terrores de la divina Justicia los corazones aletargados en el crimen é insensibles á las pruebas del amor.

“Un Padre dominico que le acompañó por algún tiempo cuando daba Misiones en Cataluña, me contó, — dice el autor de las Memorias, — que, admirado él un día de aquel torrente de razones con que el Siervo de Dios apoyaba su doctrina desde el púlpito, le preguntó de dónde la sacaba, y el Sr. Claret, mostrándole un libro con las imágenes de Jesús y de María, le respondió: “Este es mi libro, de él saco mi doctrina.” Era ilimitada la confianza que tenía en la Virgen, con la cual hablaba como un hijo con su madre; pero en retorno la celestial Señora iluminaba su entendimiento con divinas ilustraciones, y le hablaba interiormente con tanta claridad como si ella le dictara la doctrina que había de explicar al pueblo; y de tal suerte le dejaba percibir el timbre distinto y suave de su voz maternal, que el Siervo de Dios un día, dando los ejercicios al clero de Olot, obispado de Gerona, llegó á decir que predicaba enviado por María santísima y que ella le inspiraba sus sermones (1). Acaecía casi siempre que á sus sermones asistían muchas familias de las casas de campo y de los pueblos comarcanos, y cuando nuestro santo Padre lo advertía, las exhortaba á que al volver á sus casas rezasen el Rosario por el camino y que hablasen durante él de las cosas oídas en el sermón ó en la explicación de los divinos Mandamientos. Siempre fué la oración su ejercicio predilecto para disponerse á cualquier acto, pero principalmente para la predicación y el confesonario, que son como los dos extremos sobre que gira el eje de la vida del Misionero.

3. Llegado el P. Claret al pueblo en donde había de sembrar la semilla evangélica, ponía sumo empeño en ajustar todas sus palabras y acciones á las leyes de la modestia y de la caridad, porque conocía muy bien cuán poderoso es el buen ejemplo para que los fieles oigan con docilidad los consejos y las exhortaciones del predicador, y para moverse á practicar lo que les dice y muestra con la obra; por lo que era muy mirado en todo lo que hacía y decía, no sólo cuando estaba en presencia de los seglares, que suelen ser más exigentes en este punto, sino también delante de las personas eclesiásticas

(1) Relación del Ilmo. Dr. D. Joaquín Mastmitjá, del mismo obispado.



y de las religiosas; sus pláticas y conversaciones nunca eran de cosas mundanas, y mucho menos de política, sino de cosas espirituales y devotas, pero las amenizaba con alguna anécdota curiosa ó con alguna historieta edificante. No se extendía mucho en ellas ni eran muy frecuentes, porque ni las continuas ocupaciones de su ministerio le dejaban tiempo para ellas, ni él daba ocasión para esto si no es cuando la necesidad ó la caridad lo exigía.

Los asuntos de sus sermones eran de ordinario acomodados al provecho espiritual de toda clase de personas, y por lo común versaban sobre los novísimos, sobre la malicia y gravedad del pecado mortal, y sobre otras materias no menos saludables y dignas de llamar la atención del cristiano y aun de todos los hombres. Después del rezo del Rosario, por el cual comenzaban los actos de la Misión, seguía la explicación de los mandamientos del Decálogo, y se paraba de un modo especial en la exposición de los que más se quebrantaban en el pueblo donde predicaba ó que por alguna otra circunstancia eran más necesarios á sus oyentes. Tras esta explicación venía la plática doctrinal, que duraba como unos veinte minutos, y era á manera de un exordio que le introducía naturalmente en el asunto del sermón, que le sucedía inmediatamente. En el primer día trataba sobre la fiesta ó el misterio que daba nombre al novenario, y no le precedía la plática doctrinal. En los demás desenvolvía los siguientes puntos morales por el mismo orden con que aquí se expresan: 1.º La importancia de la salvación. 2.º La gravedad del pecado mortal. 3.º La necesidad de confesarse y el modo de hacer confesión general. 4.º La muerte. 5.º El juicio. 6.º El infierno. 7.º La eternidad. 8.º La gloria. 9.º La perseverancia. Si, como frecuentemente acaecía, se había de prolongar la Misión, añadía algunos otros sermones acerca de las materias más principales, como el sermón del hijo pródigo, el de la misericordia de Dios, el de la impenitencia final, el del juicio universal, el de la muerte del justo, el de la conversión de San Agustín, el del escándalo, el de la conversión de la Magdalena, etc. Y como á las veces, por la instancia que le hacían los párrocos y las personas más respetables de los pueblos, se veía obligado á continuar la Misión por casi un mes entero, solía hablar también de los daños que el pecado mortal causa al mismo pecador, del pecado venial,

de la ocasión próxima, de la devoción del santo Rosario, de la oración mental, de la limosna, de la Pasión de nuestro Señor Jesucristo y de los dolores de María santísima.

Con este plan tan bien combinado obtuvo innumerables y duraderas conversiones, porque por medio de él iba disponiendo gradualmente los ánimos de sus oyentes. Primero los hacía entrar dentro de sí mismos para que reflexionasen sobre el fin del hombre y sobre el negocio importantísimo de la salvación ó de la condenación, que es el remate de cuanto obra el hombre sobre la Tierra y el paradero de todos los mortales. Luego, para moverlos á dolor de sus pecados, presentaba con viveza las verdades espantables de los novísimos; y cuando había herido ya los corazones con el temor de los divinos juicios, los alentaba con la esperanza del perdón; y una vez conseguido esto, tocaba con gran delicadeza las fibras más tiernas del amor para que, agradecidos á la gracia y á la misericordia que había usado con ellos el Señor, le amasen como hijos y se les hiciera más llevadero el suave yugo de su ley. Así, sin violencia ni esfuerzo, pasaban sus oyentes del conocimiento de su miserable estado al temor de la divina justicia, del temor de la divina justicia á la esperanza en su misericordia, y de ésta al amor de su bondad.

Estos discursos acerca de las verdades principales de nuestra sacrosanta Religión alcanzaban mejores resultados en el auditorio que los encaminados á combatir alguno de los vicios dominantes en el pueblo, porque con el temor de los divinos juicios y del fuego del infierno las gentes echaban de sí el pecado y los incentivos y las ocasiones de él, como se echan por la ventana, según expresión del P. Claret, los muebles de una casa donde ha prendido el fuego. Dando una vez Misión el Siervo de Dios en una población importante de Cataluña, un hombre perverso y de mucha influencia, por desgracia, dijo hablando de él: "Si este predicador no sale de aquí, los teatros, los cafés y los centros de diversión quedan desiertos." Y, sin embargo, el P. Claret no había dicho en los sermones una sola palabra de cafés, ni de teatros, ni de bailes, ni de otras diversiones mundanas (1).

(1) Relación de D. Ignacio Alemany, presbítero, beneficiado de la catedral de Vich.



El estilo de sus sermones era llano y sencillo, pero vigoroso y enérgico; su lenguaje, aunque no muy castizo cuando predicaba en castellano, era bastante correcto, y aun se notaban en él, como acaece en sus escritos, muchas frases y expresiones de sabor clásico, que había aprendido con la lectura frecuente de las obras del P. Granada y del beato Juan de Avila. Mas cuando predicaba en catalán, que fué lo ordinario en el período de sus Misiones, hablaba con gran soltura y corrección, y con los giros y fraseología nativos de la lengua, que tanta hermosa y variedad dan al lenguaje. Repugnábanle en gran manera los discursos conceptuosos, la hinchazón y obscuridad del lenguaje, que los tontos llaman sublimidad; las expresiones extravagantes, bajas ó contrarias al decoro de la casa del Señor, y todo cuanto inventa la artificiosa vanidad de algunos oradores para darse á conocer más á sí mismos que á Jesucristo y su doctrina. En cuanto podía imitaba el estilo de los Santos Padres y de los varones apostólicos; porque como estaban llenos de Dios y recibieron de Él sobrenaturales ilustraciones para aclarar y exponer la doctrina evangélica, su modo de decir es llano y substancioso, persuasivo por la santa unción que acompaña sus palabras, y varonil y elocuente porque salía de pechos abrasados por el celo de la gloria de Dios y muertos al mundo y á las blanduras y regalos de la carne. Solía decir de nuestro amado Padre una persona ilustrada, que le oyó predicar muchas veces: "Mosén Claret encanta á los oyentes ignorantes, porque comprenden todo lo que dice, y no ofende ni cansa á las personas doctas, que salen mejoradas de sus sermones." "Nosotros, —dice el autor de las Memorias,—le oímos predicar al clero, á estudiantes, á reuniones de seglares doctos y á otras muchas clases de personas que formaban auditorios variados y escogidos, y debemos decir que una de las cosas que más admirábamos en el Sr. Claret era la facilidad con que mudaba de estilo, adoptando siempre el más acomodado á la erudición de los que le escuchaban. Pocos hombres han poseído en tan alto grado como él la habilidad de decir una misma cosa en diferentes palabras, haciéndose comprender de los ignorantes y gustando á los doctos."

En unos apuntes que el Siervo de Dios escribió de su propia mano en catalán, después de varias reglas y observacio-

nes sobre la predicación, sacadas de San Francisco de Sales, de San Ligorio, Cuniliati, etc., pone por su cuenta esta advertencia, acorde con las de aquellos respetables autores: "Lo que yo he observado y sé por experiencia, es que cuando predico en términos vulgares y sencillos, acompañándolos con algunos símiles y ejemplos y bajando á pormenores, todo el auditorio está muy atento y sin cansarse, aunque el sermón dure siete cuartos de hora, como me ha sucedido; pero si alguna vez me resulta un período largo, empleo términos poco comunes ó tomo un estilo algo elevado, veo que los oyentes pierden el hilo del discurso, tienen que toser y no me entienden: en este caso les vuelvo á poner sobre sí contándoles un ejemplo, como lo hizo Agripa (1)."

En otra parte del mismo manuscrito dice: «Atendiendo á estas razones y á otras que podrían aducirse, soy de parecer que debe predicarse y catequizarse *fortiter et suaviter*, y con esta miel cazaremos más moscas de pecadores é impíos que con toda la acedia y vinagre del mundo. Y digo más: valiéndonos del terror, dado el estado actual de la generalidad de las gentes, causaremos más daño que provecho, porque los malos se endurecerán y los flacos correrán riesgo de caer en la desesperación. Yo he querido en algunas ocasiones valerme del terror, y me ha pesado siempre; de la suavidad no he tenido que arrepentirme nunca, y más si se hace ver á los pecadores que se les ama, que no se busca ningún interés, sino apartarlos de los males temporales y eternos para proporcionarles los bienes de esta vida y los celestiales. Tampoco me parece que conviene atacar de frente á la impiedad y á la incredulidad. Después de algunos días de predicación podrán dejarse caer algunas expresiones breves, pero penetrantes, las cuales se irán alargando á proporción que se merezca más la confianza de los oyentes. Pues al principio muchos vendrán á escuchar con ánimo prevenido contra el predicador, y si ven que no les reprendemos cuando ellos mismos se tienen por

(1) Alude á Agripa Menenio, Cónsul romano, que floreció hacia el año 252 de la fundación de Roma y 502 antes de Jesucristo. Fué hábil orador, y con el apólogo ó ejemplo de los miembros del cuerpo humano rebelados contra el estómago, persuadió á la plebe que se había retirado al Monte Sacro que tornara á la ciudad, lo cual no había podido conseguir con razones más altas y poderosas, pero que la plebe no entendía.



culpables, no resistirán, nos cobrarán afecto y los ganaremos para Dios, especialmente si sabemos destruir las causas de la incredulidad, que son la ambición, el orgullo, la lascivia, la avaricia y la inconsideración, porque *sublata causa tollitur effectus.*»

Talento tenía el P. Claret para componer los sermones en estilo sublime que fuera de los hombres aplaudido; pero como no pretendía su propia honra y alabanza, sino la gloria de Dios y el provecho y utilidad de sus prójimos, prefirió un estilo sencillo, claro y animado, que no está reñido con la verdadera elocuencia, antes suele favorecerla mucho, porque la sencillez ayuda á la claridad, la claridad á la convicción de los oyentes, y la convicción mueve á obrar la virtud, que es el fin de la elocuencia. ¡Cuán fácil le hubiera sido á Jesucristo, sabiduría eterna, usar de todas las galas de la elocuencia humana, arrebatarse con los torrentes armoniosos de su palabra, con la grandiosidad de las figuras y la alteza de los discursos, los ánimos de todos los sabios y oradores de su tiempo y de los siglos venideros! Pero no quiso usar sino de un estilo llano é inteligible á las personas rudas, valiéndose para ello de parábolas y ejemplos. No por esto era menos eficaz su divina palabra; antes era tal la suavidad de ella, que las turbas, hambrientas de oírle, le seguían á los desiertos, y hasta se descuidaban del sustento corporal embelesadas con lo que oían y veían. Son de suyo ya tan altas y sublimes, y de tanto peso y autoridad las verdades evangélicas, que no necesitan vestirse con el ropaje del ingenio humano para hacerse estimar y venerar de los hombres; antes todo lo que encubre su nativa hermosura, por galano y vistoso que parezca, disminuye la eficacia de ellas, y así todo el artificio del orador ha de consistir, no en adornarlas y hermosearlas, sino en saberlas presentar como son en sí, de manera que todos las comprendan, pues que, entendidas, á todos parecen bien.

Fiel imitador nuestro santo Padre de los ejemplos del divino Maestro, explicaba y aclaraba su doctrina con muchas comparaciones y ejemplos. Sus discursos se distinguieron siempre en esto, según confesión de cuantos le oyeron predicar, y basta leer cualquiera de sus obras para convencerse de la habilidad especial que tenía para hallar comparaciones y aplicarlas al asunto de que trataba. Las más de las semejanzas y de los

ejemplos de que hacía uso los sacaba de la Sagrada Escritura y de las cosas naturales, porque decía él haber notado que las comparaciones de estas cosas era lo que más llamaba la atención de toda clase de personas, de los sabios y de los ignorantes, de los que creían y de los que alardeaban de incredulidad.

Predicaba allá por el año 1841 un septenario de los Dolores en una población de gente muy mala; y como dijese en medio del sermón una verdad de mucha trascendencia y la confirmase con la autoridad de la Escritura, un hombre impío levantó alevosamente la voz, interrumpiendo el silencio sepulcral con que escuchaba el auditorio con una frase catalana que en castellano equivalía á esta otra: "Esto no es verdad." El predicador, sin inmutarse, siguió su discurso diciendo: "Para que veáis más claramente lo que os digo, me serviré de una comparación." Se la explicó, y al concluir la prorrumpió la misma voz: "Tienes razón." Aquel hombre descomedido, movido por la semejanza que le había hecho entender la doctrina, fué aquel mismo día á confesarse con el varón de Dios y mudó de vida.

Este y otros muchos casos parecidos le confirmaron en la opinión sobre la utilidad de las comparaciones naturales. Hábiale Dios favorecido con tal gracia y habilidad en este punto, que no trataba cosa alguna sobre la cual no se le ofreciese luego alguna semejanza natural, y tan oportuna como si desde mucho tiempo la llevara estudiada. Lo mismo le acaecía en las conversaciones familiares. Habíase en cierta ocasión hospedado en el palacio de un señor Obispo; y como éste se excusara cortésmente de la estrechez y pobreza del alojamiento que le daba, replicó el Siervo de Dios con muy buena gracia y humildad: "Cuando me hospedan en una casa, comparo mi estancia con la cueva de Belén; y al ver que aquélla era mucho más pobre que la mía, me lleno de confusión." "Acompañándole yo,—dice el P. Claret en sus Memorias,—á paseo por la orilla de un río, vió unas brozas, y me dijo: "¿Ve Ud. aquellas brozas? Allí permanecen sin que nadie las quite; pero cuando algunas lluvias abundantes hagan crecer las aguas, todas desaparecerán y no quedará nada sucio. Lo mismo sucede en una Misión cuando las gentes se aprovechan de ella: todas las conciencias quedan limpias."

Notábanle algunos de ingenio mediano y aun vulgar por